

ESPECIAL JÓVENES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – N° 2, 19 de octubre de 2014



EL PRIMERO DE LOS MANDAMIENTOS

Los fariseos se reunieron al saber que Jesús había hecho callar a los saduceos, y uno, que era maestro de la ley, para tenderle una trampa, le preguntó: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley? Jesús le dijo: Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más importante y el primero de los mandamientos. Pero hay un segundo, parecido a este; dice: Ama a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se basan toda la ley y los profetas. Mt 22, 34-40

Jesús da aquí una definición completa de la religión. Como respuesta a la pregunta del fariseo, le dice: **Dios primero. A Dios el amor total. Dios preferido a todos los seres.**

Aunque el fariseo no se lo preguntó, Jesús da el segundo mandamiento en importancia. Debemos fijarnos el orden en que aparecen los mandamientos. **Primero está el amor a Dios y luego el amor al prójimo.**

Amor a Dios es el primer mandamiento dijo Jesús. Ser auténticamente creyente es amar profundamente a Dios. Es ser un enamorado de Dios y también un servidor generoso del prójimo.

Cuentan que los antiguos escribas habían ofrecido un premio especial a quien hiciera un resumen tan breve de la Sagrada Escritura, que se pudiera contar mientras se estaba apoyado en un solo pie. Y que nadie había sido capaz de hacerlo con tal brevedad. Jesús lo hizo. Gracias a este resumen ahora sabemos que la religión no es tan complicada, que basta amar, **amar de verdad a nuestro Dios y al prójimo** y con esto habremos cumplido con lo que manda el más sagrado de los libros.

Amar a Dios con todo el corazón. Dice Guardini que este mandato exige que nos demos cuenta que Dios existe y vive a nuestro lado, que lo tratemos como a Alguien que está muy presente en nuestra vida, **porque nadie ama lo que no conoce.**

¿Cómo amar a Dios si no reflexionamos e ignoramos sus hechos admirables? Amarlo con todo el corazón es preferirlo a Él antes que a nadie, es decir, es saber decir **NO**, cuando hay riesgo de dejar de cumplir su voluntad, cuando hay posibilidades de que lo que vayamos a hacer vaya en contra de lo que Él nos pide, que por otro lado, siempre está relacionado, de una manera u otra con el amor y el respeto a los demás, al prójimo.

Es hablarle como se le habla a una Persona que sabemos que nos ama infinitamente, hasta el punto de que su Hijo, Jesús, segunda persona de la Trinidad, ha venido a la Tierra, se ha convertido en uno de nosotros y ha sufrido profundamente, dolorosamente, física y psicológicamente y finalmente ha entregado su vida para merecer nuestra salvación, es decir que podamos gozar plenamente en la otra vida, en el Cielo para siempre, superando las injusticias de todo tipo de esta tierra, dando sentido al dolor, al sufrimiento. Dios, merece nuestro amor total y nuestra gratitud. Es tratarlo y considerarlo como el Ser que más se interesa por nosotros, que más nos quiere y que más mira por nuestro bien.



El amor a Dios, no se fabrica, se suplica. EL amor a Dios hay que enriquecerlo con la oración frecuente ¿Cuántas veces hablamos con Dios en la semana, le pedimos, le damos gracias, le bendecimos?. Dice el Padrenuestro, oración enseñada por Jesús a sus Apóstoles: *Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo* y esa oración también nos enseña que hemos de pedir nuestro pan de cada día, así como en ella se tiene presente la justicia, ya que al solicitar el perdón a Dios por nuestras faltas, nos solicita que **perdonemos nosotros también.**

San Juan Bosco dedicaba un día entero de la semana pidiendo a Nuestro Señor que le concediera que él y todas las almas que el Señor le había confiado sintieran el verdadero amor por Dios. Existe una promesa de Cristo que no deja de cumplirse una sola vez. **“Todo el que pide recibe”** Si nuestro amor es demasiado pequeño, es porque no lo hemos pedido. Decía Santa Teresita que a cualquier hora del día que le preguntaran qué estaba haciendo, podía responder “Estoy amando a Dios”.

Si nos preguntan si amamos a Dios diríamos que sí, pero cuando hay que hacer algo precisamente porque lo amamos, ese es otro cantar. Lo que pasa es que hay dos clases de amores: amor de palabras y amor de obras.

El que ama a Dios, que también ame a su prójimo, dice San Juan. Todos los seres humanos son nuestros prójimos, pero hay unos que son más prójimos, es decir los que están más próximos a nosotros y a quienes debemos mayor amor. San Francisco de Sales decía que el amor al prójimo debe notarse. De nada sirve decir que amamos a nuestros semejantes si no hacemos nada por demostrarlo, porque hay personas que dicen amar al prójimo y es posible que en su interior si lo amen, pero en su comportamiento **hay tal frialdad e indiferencia** que parece que no aman a nadie. Podrán amar pero no se les nota.

¿Cuál deberá ser la medida del amor al prójimo? Jesús nos lo recomendó en el Evangelio:

“Todo el bien que desees que los demás te hagan a ti, hazlo tú a los demás. Trata a los demás como desees que ellos te traten a ti”.